

Ilusión, desencanto, razón, esperanza

Martín Tanaka

Tremendo lío responder a la invitación de NUEVA SOCIEDAD. Lo que se nos pidió fue hartoo complicado. ¿Cómo elegir en medio de un mar de publicaciones, de autores latinoamericanos y extranjeros, relevantes desde ángulos tan diversos? Sin embargo, el reto fue apasionante y no pude resistir la tentación de ensayar una respuesta.

Empecé pensando en los libros más recientes de autores muy diversos: cruzaron por mi mente Eric Hobsbawm, Manuel Castells, Michel Maffesoli, Jon Elster... y otros más cercanos como Guillermo O'Donnell, Scott Mainwaring, Néstor García Canclini... me di cuenta de que estaba pensando como profesor de la facultad, y que esa línea de respuesta no sería la más interesante: no se trata, me dije, de armar un *reader* para estudiantes de ciencias sociales. Después recordé que hace muchos años, la revista peruana *Debate* hizo una encuesta entre intelectuales peruanos, preguntando por los autores y libros que les habían resultado más útiles para entender el Perú. En medio de las mayoritarias alusiones a José Carlos Mariátegui, Víctor Raúl Haya de la Torre

Sergio Ramírez: **Adiós muchachos. Una memoria de la revolución sandinista**,

Aguilar, México, 1999.

Fernando Escalante Gonzalbo: **El principito o al político del porvenir**,

Cal y Arena, México, 1995.

Octavio Paz: **La llama doble. Amor y erotismo**,

Seix Barral, México, 1993.

MARTÍN TANAKA: sociólogo peruano; investigador asociado del Instituto de Estudios Peruanos y profesor del Departamento de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima; autor de *Los espejismos de la democracia. El colapso del sistema de partidos en el Perú, 1980-1995, en perspectiva comparada*, IEP, Lima, 1998, y de diversos artículos sobre democracia y sistema político en el Perú; @: mtanaka@iep.org.pe

y Víctor Andrés Belaúnde, el antropólogo Luis Millones respondió con una *boutade*: Giuseppe Tomasi di Lampedusa, *Il Gatopardo*. Podría haber intentado aquí una respuesta mencionando tres novelas, pero sentí que tampoco habría sido lo más útil.

Finalmente encontré que la mejor respuesta sería simplemente la más sincera, la más personal. Así que mi respuesta va a ser casi testimonial, una respuesta que piensa en la región y en la edad de los colaboradores de este número; así creo que cumplo bien con NUEVA SOCIEDAD. Quiero entonces mencionar tres libros recientes que han resultado especialmente relevantes para mí, por razones personales tanto o más que por razones estrictamente intelectuales.

A mí, y creo que a muchos de mi generación, la conciencia de la política latinoamericana como algo propio, que nos concernía cercanamente, empezó en 1979, cuando me enteraba por la televisión (en alguno de los primeros programas políticos de la televisión peruana), de la revolución sandinista. Cuando digo «mi generación» me refiero a algo muy impreciso, que cubre a amigos y conocidos alrededor de mi edad, 35 años cumplidos no hace mucho. Recuerdo haber seguido con intriga y fascinación las aventuras del Comandante Cero y otros héroes, que sustituían a otros que apenas unos años atrás concitaban mi interés (Astroboy o La Princesa Caballero). Antes de haber ido a mi primera fiesta de 15 años, empezaba a entender difusamente que esa lucha del pueblo nicaragüense y del sandinismo era de algún modo parte de una lucha más grande, que involucraba a más países, de los que el Perú formaba parte. Que eso tenía algo que ver con las huelgas de los maestros, con las protestas de los sindicatos, con los paros nacionales que en mi país denunciaban los males de la dictadura militar, y abrían la transición a la democracia.

Así, Nicaragua adquirió para mí y acaso para mi generación una connotación utópica, heroica, romántica, al compás de «*Que viva Quincho, Quincho Barrilete*», seguramente lo que simbolizó Cuba para la generación anterior. Para nosotros, ya Cuba aparecía deslucida y difícil de entender y defender. Nicaragua en cambio era como la oportunidad de hacer bien las cosas, de corregir los errores, de demostrar que sí era posible. Sin embargo, conforme pasaron los años, esa revolución, el último episodio arrebatadamente romántico que arañó mi generación de la edad de las utopías, fue empañándose por errores, denuncias, escándalos, decepciones. Que por supuesto acompañaban las derrotas y frustraciones que se daban en mi país con el fracaso del gobierno del APRA, la división de la Izquierda Unida, la extensión de la crisis y la violencia.

Por eso empezaré mencionando el libro de Sergio Ramírez, *Adiós muchachos*. Es uno de los libros que me ha tocado más en los últimos años. Ramírez hace un balance desde adentro, un testimonio de parte, desgarrador, dramático, pero también cariñoso, y no por eso menos duro, de la revolución sandinista. Nicaragua es como la versión aumentada de las ilusiones y problemas de toda la izquierda, es el recuento de una historia enteramente propia, y Ramírez lo entiende perfectamente. Su libro me impresionó por ser yo parte de una generación que creyó posible el cambio con mayúsculas, y que cuando se animaba a entrar en serio en la política, tuvo que sufrir el fracaso de ese proyecto. Sentimos que esa derrota, aunque también fue la nuestra, no fue nuestra responsabilidad. Culparamos a los de arriba, a los líderes, a los ideólogos, a las cúpulas, a quienes, a decir verdad, nunca les creímos el cuento del todo. Fuimos parte de los decepcionados, de los que exigieron explicaciones.

Pero las explicaciones no llegaron nunca, y simplemente cada uno tuvo que buscarlas por su lado. Con el tiempo, descubrí que para encontrar esas razones hay que mirar la realidad desde un lente desencantado, de la manera más fría y descarnada posible. Que muchos de los errores cometidos se encuentran en visiones voluntaristas; y de un mal diagnóstico nunca podrá salir una buena práctica. Me convenzo de que uno de los más graves vicios en los que incurren los científicos sociales es la confusión de los deseos con la realidad, el dominio de la razón por el corazón. Creo que ese vicio nos tiene ahora paralizados, impotentes; nos aísla socialmente, nos lleva a un discurso melancólico, de denuncia, tremendista, quejumbroso, estéril. No puedo dejar de mencionar acá que me escandaliza escuchar todavía a algunos colegas anunciar la inminente caída del fujimorismo, los mismos que anunciaron su caída varias veces antes, los mismos que en los años 80 vaticinaban la desaparición definitiva de la derecha en el Perú, la desaparición del reformismo y la inminente revolución, los mismos que en los 70 vaticinaban que esa revolución y no la transición democrática era la salida...

Por eso, un libro que me resulta especialmente recomendable, por el espíritu que lo anima, es el de Fernando Escalante, *El principito o al político del porvenir*. Tal vez el seguir resuelta y fielmente el espíritu del ilustre florentino en el que se inspira sería suficiente razón para mencionarlo aquí. Empero, al igual que con Maquiavelo, se puede decir que ese camino nos conduce por un mundo excesivamente cínico, demasiado frío.

Aceptar la crudeza de la realidad no significa por supuesto dejar de soñar, y estar en lo íntimo motivado por el principio de la esperanza, co-

mo diría Ernst Bloch. La ilusión de que nuestras vidas pueden ser diferentes, que podemos ser felices, que el mundo puede ser más amable y solidario, que podemos al menos ser menos estúpidos. Lo que ocurre es que ese sueño tiene que encontrar su espacio justo; que es íntimo, personal, que está hecho de una fibra delicada, vulnerable, frágil; y que es a la vez social, colectivo, histórico, y por lo tanto está también hecho de un material basto. Encontrar esa dimensión es muy difícil, y solo el alma de un genio puede hacerlo. Por ello quiero mencionar también aquí al hermoso libro de Octavio Paz, *La llama doble*. Paz es íntimo y social; mexicano y universal; sencillo e ilustrado; certero, preciso en su prosa, y a la vez siempre un gran poeta. Reflexiona sobre el amor, y logra ir suavemente de sus pliegues más íntimos a su dimensión política.

Termino llamando la atención sobre la muy distinta textura de los tres libros. Creo que de algún modo marcan las coordenadas dentro de las cuales deberá moverse el pensamiento social latinoamericano de los próximos años, y encontrar su camino: entre el testimonio personal, la frialdad de la razón, y las ilusiones del corazón. Mejor dicho, antes que hablar del pensamiento social latinoamericano, debería hablar más sinceramente de quienes pretendemos entender nuestra realidad, que incluye nuestras vidas y el mundo en el que vivimos. Así me veo a mí y a mi generación, tratando de encontrar el sentido de nuestras vidas, de entender el vértigo de lo que ocurre, desconcertados en un mundo *glocalizado*, posmoderno, o como se le quiera llamar, tratando de encontrar el amor verdadero junto a posiciones académicas más firmes, y las claves interpretativas de un mundo loco de sueños sin realizar, esperanzas todavía truncas. No sé si lo logremos, pero quizá baste con intentarlo.